

Querido Diario:

Marcela Guijosa

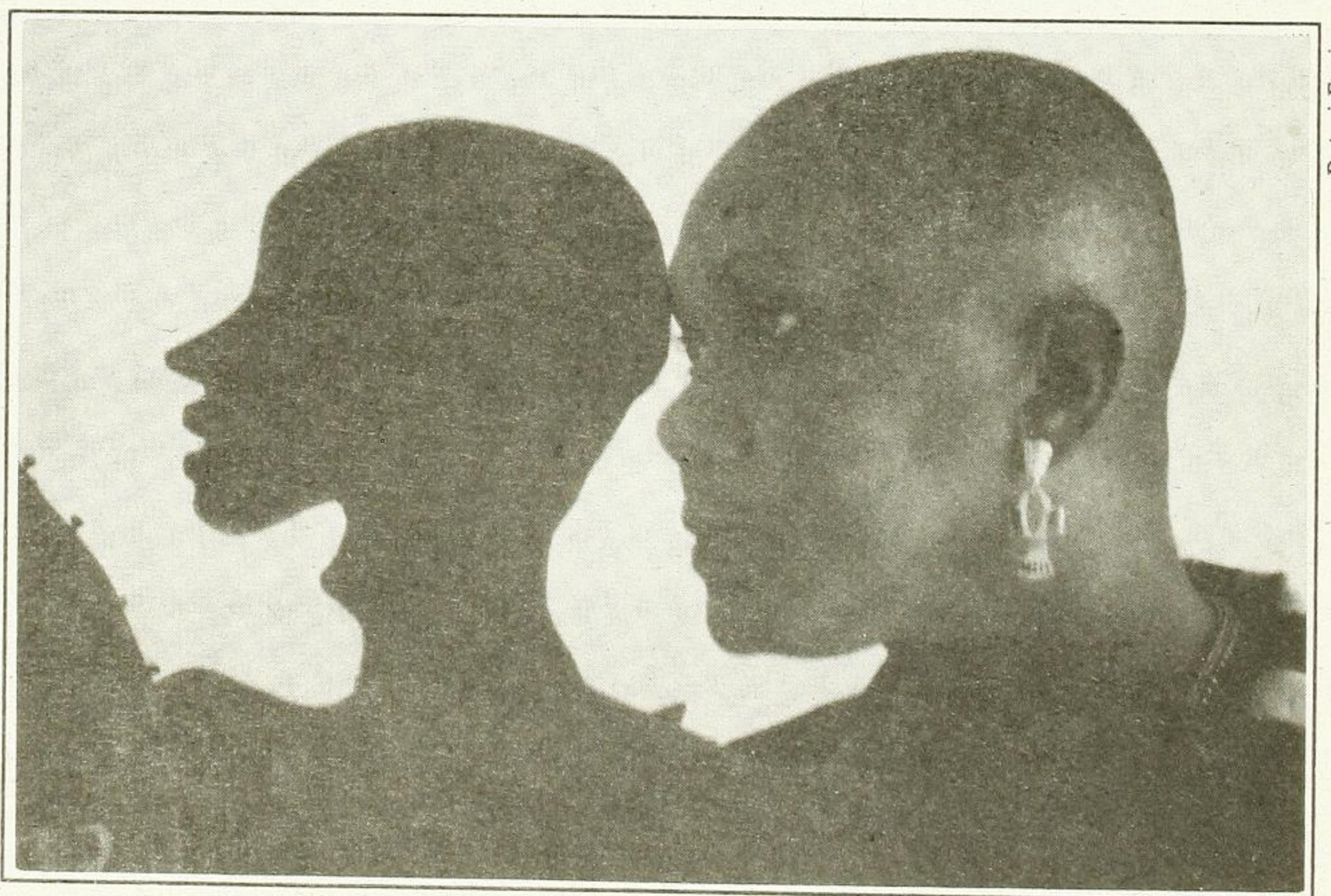
Gracias a dos queridas amigas, estas últimas semanas he estado leyendo dos libros muy interesantes. Uno: *Vidas de Mujeres*, de Rosa Montero (Extra Alfaguara), que me prestó Marcela mi tocaya.

Dos: *Cisnes Salvajes*, de Jung Chang (Circe Bolsillo), que me regaló Elena por mi cumpleaños.

Cada vez me gusta más la historia. Leer cosas de Historia con mayúsculas y de historia con minúsculas. Y también cada vez me gusta más coordinar mi taller de autobiografía. Acompañar a la gente, sobre todo a las mujeres, a que digan su propia historia. Aunque sorpresivamente en mi grupo actual hay un varón, Miguel, que escribe padrísimo. Narra su vida de niño, con un estilo encantador. Igual que las mujeres: las colmilludas, diestras y malos Susana, Alejandra, Georgina, Marcela y Anita –malvada pero siempre breve–; mis queridas mujeres españolas exiliadas: Gloria y Puri, que nacieron en plena Guerra Civil; la valiente Margarita, la ingenua y simpática Isabel. Todas bravas, hurgan en sus memorias y en sus realidades y se ponen a escribir *la neta*.

Mientras más trabajo con estos géneros (historias, testimonios, memorias, autobiografías y biografías) más me encantan. Aprendo muchísimo. La primera y más fuerte enseñanza a través de estos textos es que qué bueno, bendito sea Dios que vivo en este país y en esta época. Me siento agradecida por muchas razones. Por la penicilina y por los aviones. Por los movimientos feministas. Por la posibilidad que tenemos hoy, las mujeres, de hablar y de leer y escribir. Porque hoy en día hay historiadoras, novelistas, escritoras mujeres que se han puesto a investigar de otro modo el pasado de la humanidad –masculina y femenina. Porque somos ricas herederas de la lucha de tanta gente y gracias a ello podemos movernos de otro modo y ser y pensar de otro modo.

Las autoras actuales están escribiendo una historia más verdadera que la que se usaba



Rotmi Enciso



antes. La "nueva autobiografía", como la llaman los gringos, contiene, transformado, el viejo eslogan feminista: lo personal es político. La autobiografía se vuelve más democrática: lo personal, lo de cualquier persona, es importante y vale la pena de ser contado. Antes, hasta mediados de este siglo, la escritura de autobiografías sólo se aceptaba si eras un personaje relevante. Solo los importantes escribían sus memorias. Grandes políticos, exploradores, artistas consagrados, santos. O bien grandes pecadores o pecadoras que, siguiendo la tradición de San Agustín, confesaban sus abominables vidas y pretendían moralizar y/o convertir a sus lectores poniéndose, arrepentidos, como ejemplos de conducta.

Desde los sesentas surge la nueva forma de hacer autobiografía, como una necesidad de los no-importantes de hablar, de contar sus vidas, de tener voz, de decir "yo también existo". Aparecen entonces, sobre todo en Estados Unidos, memorias de mujeres. Textos de negros y negras, de gays, de chicanos y otros grupos étnicos —minorías raciales—; historias de pacientes de hospitales psiquiátricos, ex-com-

batientes de Vietnam, monjas, adictos, enfermos de sida.

Y surgen también "nuevas biografías". Como es el caso del libro de Rosa Montero. Es una excelente recopilación y un excelente resumen de biografías de mujeres. La autora nos las platica como amiga, con voz de mujer, equilibrada pero amena; divertida y chismosa; enojada a veces y conmovida otras, pero buscando siempre ser objetiva. Contar las cosas apegadas a la verdad. Todos los textos están muy bien documentados y, más que las viejas historias oficiales, se basan en cartas, diarios, autobiografías, testimonios revividos de las propias mujeres descritas y en nuevas investigaciones e interpretaciones que han hecho estudiosos actuales.

Hay algunas más famosas que otras. Agatha Christie, las hermanas Brönte, Frida Kahlo, Margaret Mead, Simone de Beauvoir. Otras, menos conocidas: Alma Mahler, Zenobia Camprubí, María Lejárraga, Laura Riding. Encontramos unas más valientes o más afortunadas que otras. A pesar de todas las limitaciones que sufrieron, fueron capaces de romper su "jaula" y se lanzaron a vivir una vida propia: Frida, las

Brönte, por ejemplo. Otras, vencidas, se quedaron prisioneras. Como Camille Claudel.

Son impresionantes esas dos mujeres españolas, Zenobia Camprubí y María Lejárraga. La primera fue la esposa del "gran" Juan Ramón Jiménez, y a estas alturas me vengo a enterar de que él era un tipo bastante horrible, medio loco, que martirizó a su mujer hasta llegar a grados increíbles: ella no podía casi ir a ningún lado porque si no estaba, él no podía trabajar. Y Zenobia se dedicó a anularse a sí misma para que su gran marido poeta trabajara y brillara y se consagrara. Una codependencia espantosa, una relación enfermiza de la que ella, aunque se daba cuenta, nunca pudo escapar. Diríamos que dio su vida, literalmente, por él.

María Lejárraga es otro caso increíble. El marido era Gregorio Martínez Sierra, un dramaturgo bastante famoso en la España de principios de siglo. Tuvo mucho éxito y algunas de sus obras triunfaron en el extranjero y se volvieron películas en Hollywood. Pero, fíjate bien, hoy sabemos que *todas* las obras de teatro que él presentó y firmó como autor, las escribió



ella. Ella, que parecía sólo ama de casa y abnegada y silenciosa esposa. A María Lejárraga nunca nadie la reconoció, porque nunca se supo la verdad, hasta ahora.

Lo más padre de este modo de escribir la historia es que, al leerla, se me cayeron los viejos conceptos de "héroe" y "heroína". Ningún gran hombre, ninguna gran mujer han sido tan perfectos. Son tan humanos como nosotros, los humildes lectores. En el caso de estas mujeres del libro de Montero, se nos entremezclan mujeres más listas y más tontas; buenas y malvadas; locas y sensatas. Todas interesantes y con grandes cualidades, pero todas con defectos y debilidades, con manías, con pasiones enredadas y contradictorias. Hata mi adorada Simone de Beauvoir tiene su cola que le pisen y todavía sufro de algo de decepción. Era bastante cabrona, y no fue tan honesta como ella presumía en sus autobiografías. No contaba todo ni mucho menos. Se me empequeñeció, pero tal vez la voy a acabar queriendo más; es una nueva forma de encontrar modelos de identificación. Gente como nosotras puede ser como ellas.

El otro libro, el de los *Cisnes Salvajes*, es un super viaje, asombroso, lacerante, a China. Imagínate la historia de China de todo este siglo contada desde la vida concreta y cotidiana —qué hacían, qué comían, cómo trabajaban— de tres familias, de tres mujeres: la abuela, que fue segunda o tercera concubina de un Señor de la Guerra; la madre, entusiasta muchacha comunista desde que triunfó la revolución de Mao y que después fue apresada y torturada y sufrió lo indecible por ser considerada "capitalista" y "enemiga de la revolución"; la hija, mujer como de mi edad, que nació y

creció en la China Comunista, pasando todo tipo de carencias y de horrores, y finalmente pudo salir de ese país y escribir esta historia.

Yo me sentí absolutamente ignorante. No tenía idea de lo que fue China bajo el imperio de Mao. No sabía qué tan terrible fue la Revolución Cultural. Siento que todo el mundo debería leer este libro: cuántas cosas podríamos aprender —aunque ya de alguna manera lo sepamos— sobre la

corrupción, la ineficacia, la megalomanía que pueden tener algunos gobernantes. Sobre el sufrimiento y la muerte de millones de personas causados nada más por la negligencia y los berrinches y la codicia de unos cuantos cabrones.

Por eso, repito, después de leer esos horrores me siento agradecida —y confieso también que un poco incómoda, un poco culpable— de vivir donde vivo, en este lugar y en este siglo. Y en esta situación concreta: sana, con mi familia cerca, con amigas/os queridos, con trabajo, con vocho y licencia de manejarlo, con ropita qué ponerme, con posibilidad de ir al doctor y a la farmacia, con unos talleres de gente esforzada que quiere escribir, con comida qué comer, con libros qué leer, con esta computadora, con este querido diario. *Rotmi*

